

Bibliografía

MARY CONSILLA O'BRIEN, O. P., Ph. D. *Principios de Sociología Cristiana*. Editorial Poblet, Buenos Aires, 1948.
8º - 440 páginas.

Con inmenso júbilo emprendemos la crítica de este libro: nos agrada su materia y su forma.

La materia: sociología cristiana y de la más pura estirpe. La autora nos dice en el prólogo: "¡Estudiantes católicos, os presento a Santo Tomás!

"Si este libro necesita de una disculpa para justificar su naturaleza, me apresuro a ceder su defensa al Pontífice León XIII. Si necesita de una disculpa para justificar sus deficiencias, la ofreceré yo misma.

"Nada hay que deseemos y ansiemos más —escribe el Santo Padre— que el que proporcionéis a los jóvenes estudiosos, con abundancia y generosidad, acceso a esas aguas cristalinas de sabiduría que manan del Doctor Angélico como de un manatíal inextinguible y precioso... Que los profesores se esfuercen por imbuir la inteligencia de sus discípulos de las doctrinas de Santo Tomás y hacerles ver su claridad y su superioridad sobre los demás, tanto por su solidez como por su excelencia".

"Estas palabras, escritas hace sesenta y dos años, sirven de justificación a la presente obra, que constituye, sin duda alguna, una excepción frente a los textos corrientes que versan sobre principios y problemas de orden social.

"En respuestas a las exhortaciones de los Pontífices León XIII y Pío XI, he tratado de entregar a Santo Tomás a los jóvenes estudiantes: con tal intención se presenta ante ellos *principios de Sociología Cristiana*".

Y al finalizar el prólogo nos dice la Hermana Mary Consilia: "Todo el mérito de la sabia doctrina contenida en este volumen pertenece a Santo Tomás; a las Papas, el de premulgarla tan ampliamente en los tiempos modernos".

Todo ello por lo que atañe a la materia. Y por lo que dice a la forma, es indiscutible que la autora sale airosa en una empresa difícil, como es presentar de una manera moderna, los grandes principios sociológicos explicados por Santo Tomás.

Hay en este libro, viveza de estilo, claridad y grafismo en la expresión.

Se leen estas páginas con sumo interés, de suerte que al cabo de algunas de ellas el lector ha de exclamar: ¡Qué bien dicho está esto!

Veamos, por vía de ejemplo, la sabrosa explicación que nos da de la ley eterna.

Después de habernos dicho, que según la mente de Santo Tomás, la ley eterna es "un proyecto de gobierno universal", añade (pág. 68):

"Con mayor sencillez: el plan eterno que sigue la Providencia para gobernar y regir al mundo recibe el nombre de Ley eterna.

"Estudiemos esto al modo de los acontecimiento humanos. Un hombre se propone construir una embarcación. Primero dibuja el proyecto. Este plan se refiere a cada detalle y característica de la nave: dimensiones, resistencia, duración, velocidad, tonelaje, etc. Si algunos detalles no están previstos por el autor del

plano, éste no será completo. Pero el constructor además de disponer la fabricación de la nave, debe prever sus operaciones, la coordinación de sus partes y el armónico avance de la embarcación ya terminada. Si el proyecto no ha sido bien concebido, seguirá necesariamente el fracaso.

"Pero el proyecto o idea de la embarcación no es la embarcación misma. Esta debe ser construida. Tanto en sus líneas esenciales, como en sus detalles es menester seguir con exactitud al plano. Pero la nave perfectamente construida tampoco es el objeto del propósito primitivo. No se la construyó por ella misma sino con otro objeto. Es necesario que funcione, que ejecute la obra para la cual fué destinada; en otros términos debe cumplir su objetivo y llegar a su fin. No se construyó la nave por el plano ni por la nave misma, sino para el placer y utilidad de su constructor. Si llena el objeto para el que fuera construida, podemos llamar a esa embarcación un buen navío.

"Dios creó el Universo. Ahora bien, todos los seres inteligentes obran de acuerdo a un proyecto. Y, siendo Dios la infinita Sabiduría, no cabe duda de que concibió un proyecto perfectísimo de un Universo bueno. Lo ejecutó al crear el Universo. Luego, lo puso en funcionamiento, lo hizo trabajar y realizar la tarea a la cual El lo había destinado. El Universo de Dios, proyectado, creado y en actividad, persigue ahora su objeto, tiende hacia su fin; en otras palabras es bueno". Y más abajo, prosigue: "Dice Santo Tomás, refiriéndose a la ley eterna: 'La ley eterna no es otra cosa que el plan de la sabiduría infinita en acto de dirigir todos los movimientos y acciones'. Y habla de ella en otra ocasión como del plan de la sabiduría divina, que mueve todas las cosas impulsándolas hacia su fin". "Por consiguiente, el proyecto que, desde toda la eternidad, existía en la mente divina para regir el Universo, se convirtió en el transcurso del tiempo, en el instante de la Creación, y de ahí en adelante, en ley para todo el Universo creado. Esta ley está aún en vigencia. Continuará estándolo y dirigiendo las luchas de la Naturaleza hasta que el Universo no exista ya". Hasta aquí la Hna. Mary Consilia.

Y prosigue luego, en el mismo estilo, explicando la ley moral natural, la ley positiva, las obligaciones y libertad del hombre, con lo cual termina la primera parte del libro.

En la segunda, aborda el estudio de la sociedad (su naturaleza y carácter; sus causas materiales y formales; las virtudes sociales).

En la pág. 123 leemos: "Sociedad es la agrupación de seres humanos, con el objeto de alcanzar un fin común mediante un esfuerzo también común. Ante todo debe existir una agrupación. Los ganchos para sostener las ropas suelen agruparse en la cuerda de la lavandera, pero cada gancho está absolutamente separado de su vecino, aunque se toquen entre sí. Lo único que tienen en común es el hecho de ser ganchos y poseer ciertas características accidentales como forma, tamaño y color. Nada, ni siquiera la cuerda que los sostiene, los agrupa en una suerte de unidad.

"También forman un grupo los pajaritos que gorjean sobre un alambre de teléfono. Las aves, individualmente, no carecen en absoluto de relación entre sí, como los ganchos de colgar ropa. Entre ellas existe una cierta unidad. Hasta nuestro lenguaje simboliza esa unidad cuando llama al grupo 'bandada'... símbolo de muchos en una sola cosa. Su unidad proviene del hecho de que la naturaleza las impulsa a vivir juntas; es cosa natural o sea instintiva, para las aves. Pero su unión no es perfecta porque no son capaces de conocer el fin y los medios; ignoran su propia meta y los medios para alcanzarla. No comprenden las ventajas que reporta la vida social. El sentido de la cooperación, del bien común y de otros términos abstractos que necesitarían conocer antes de luchar unidas para una finalidad común, está por encima de su capacidad cognoscitiva. Dios es el autor

de esas "bandadas" de aves, por ser también autor del instinto que las empuja a ese tipo de existencia.

"El hombre difiere de los ganchos de colgar ropa y de los pájaros. El conoce su meta y comprende que toda la humanidad tiene un mismo objetivo, y que, para llegar a él, el esfuerzo común facilitará la tarea. Podemos estudiar nuestra meta y los medios más adecuados para alcanzarla. Así las agrupaciones humanas se realizan ordenadamente, con una unidad más perfecta que la que hallamos en la bandada de pájaros o en los rebaños de animales. Es una unidad de fin y de medios. Es "un todo formado de muchas partes" y unificado por propósitos comunes alcanzados merced al esfuerzo común, unos y otros conocidos y cognoscibles para el ser humano.

"Vivir así es natural para nosotros, es decir, que sin ser sensitivos, como en el caso de las aves, es racional y por lo mismo está de acuerdo con su naturaleza racional. Como dijimos anteriormente, la razón nos impulsa a vivir en comunidad con nuestros semejantes". Hemos copiado el pasaje que antecede, para probar la sencillez y diafanidad de estilo de la Hna. Mary Consilia O'Brien.

La familia, el estado y la Iglesia, son los temas de la tercera parte de la obra.

De sobresaliente hemos de calificar, por su enfoque acertado y por los argumentos que se esgrimen, el capítulo XVIII, concerniente a la "educación como actividad social", en donde defiende egregiamente el derecho directo e inmediato de los padres a la educación de los hijos y atribuye al estado la función, no exclusiva, de proteger los derechos primordiales de la familia y de la Iglesia. En la página 283 leemos: "Debe (el estado) contribuir a la iniciativa y a la actividad de la Iglesia y de la familia y estimularlas. Debe hacerlo libre y voluntariamente, no obligado a ello, sabiendo muy bien que los esfuerzos de estas dos sociedades proporcionan innumerables beneficios al Estado y extienden y elevan en alto grado el bien común".

"Cuando los esfuerzos de la Iglesia y de la Familia son insuficientes, el Estado debe suplementar su obra. Tenemos un ejemplo de ello en las leyes recientemente sancionadas en los Estados Unidos que disponen que los escolares católicos viajen en forma gratuita y asimismo que sus libros sean pagados con fondos del Estado. Todo esto es conducente al bien común, a la paz y a la seguridad de la cosa pública; por este motivo, tiene el derecho, que implica el deber, de atender a tales cosas".

Termina la tercera parte del libro con un capítulo de actualidad, que trata de las filosofías sociales anticristianas, en donde con suma claridad, contrapone el liberalismo al comunismo y habla de los puntos de contacto de éste con el catolicismo (pág. 333) y de sus diametrales discordancias.

Y llegamos a la cuarta parte de la obra, que lleva por título: "el hombre dentro de la sociedad económica", con los capítulos siguientes: el obrero; el asalariado; el propietario, el hombre socialmente ordenado; el hombre y la sociedad moralmente renovados.

Falta, a nuestro juicio, un planteamiento claro del problema del salario familiar (págs. 348 y 351).

Que el salario familiar (el absoluto y el relativo) se deba al obrero a título de justicia conmutativa, es una cuestión abierta, aún no dilucidada y que ha dado pie a históricas polémicas.

Mucho hubiera ganado la obra científicamente, si nos hubiese dicho su autora, lo que el P. Ubach S. J. en su "Theologia Moralis" magistralmente enseña (Nº 1003 a 1014) o bien lo que el P. Llovera nos dice (1), acerca de un punto tan discutido entre economistas sociólogos y moralistas.

Este pormenor, no pesa en el promedio general de toda la obra, que merece

ser recibida entre nosotros, con tanta amabilidad como lo fué en Norte América, en donde goza de justa divulgación en Seminarios, facultades, noviciados, clubes de polémicas para adultos, escuelas secundarias y Confraternidades dedicadas al estudio de la doctrina cristiana.

No queremos, de ninguna manera, callar una cualidad excelente de este libro: nos referimos a los magníficos resúmenes que siguen a cada capítulo, los cuales facilitan extraordinariamente la labor de síntesis y de repaso.

Divulgar este trabajo es hacer obra de apostolado social, pues se difunde con él, el conocimiento de las encíclicas sociales, a la luz de la más pura doctrina tomista.

Si bien es verdad que el especialista en ciencias sociales, no encontrará ideas nuevas en estas páginas; aprenderá en cambio a presentar galanamente la doctrina que posee y hacer amable y asequible a jóvenes estudiantes, el oro acendrado, contenido en las encíclicas y en la doctrina del Angélico.

La versión castellana, a cargo de María M. García Conde, es correcta y hasta elegante.

La Editorial Poblet puede enorgullecerse, de tener en su acervo, una obra tan valiosa y de proseguir con ella una tradición noble, dentro del campo de la sociología cristiana.

MARCOS R. PIZZRIELLO, S. J.

SERAFIN LEITE, S. J. *Historia da Companhia de Jesus no Brasil*. Tomo X. Rio de Janeiro 1950. 4º - 322 pp.

Es éste el postrer tomo de una obra, que supera, y con creces, toda mediocridad. Tal vez se pueda, y deba, decir de la misma que es una historia concebida, planeada y realizada conforme con los cánones más severos de la crítica.

Por espacio de diez y ocho años, sin prisas y sin pausas, libre de toda otra preocupación, ha estado el Padre Leite preparando, escribiendo y publicando, casi año a año, volúmenes tan nutridos y densos como orgánicos y articulados.

Comenzó, como era obvio, por avalorar la vastísima documentación jesuítica, que se conserva en el Archivo Histórico Colonial de Lisboa y en el Archivo Nacional de la Capital del Brasil, y la existente en la Biblioteca General de la Universidad de Coimbra y en la Biblioteca Nacional de Río, y a toda esa documentación, ya de suyo abundantísima, pudo agregar la de los archivos españoles, tomando así en sus manos los hilos todos de los sucesos.

Homo unius libri consagróse totalmente el Padre Leite a la labor más difícil, por ser la más delicada: preparar los hilos, tantos y de calibre tan diverso, en la urdidera, y aquí cabe notar una enorme diferencia entre Leite y otro gran historiador Jesuita, Antonio Astrain. No queremos aminorar la gloria de este insigne varón, ni echar la más leve sombra sobre su monumental *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, pero encontramos restringido su panorama, su concepción histórica, en parangón con el panorama y con la concepción del historiador brasileño.

Astrain parece más macizo, más sólido, más serio, pero es un espejismo, debido a su visión histórica, en la que sólo entraban los temas y asuntos que él creía históricamente trascendentales. En primer término abría las puertas a todo

(1) José María Llovera: *Tratado elemental de sociología cristiana*; Edit. Occidente, Buenos Aires, 1945, pág. 265 y ss.

lo que fuera lucha, discusión y ruido. Aun grescas insignificantes, pobladas o fraí-ladas, totalmente intrascendentes, merecían su atención y tenía el placer en consignarlas. Tal vez deseaba así amenizar las páginas menos llevaderas para el lector, con esas anécdotas y con el relato de esas peripecias de barrio, pero creemos que la causa era otra: el objetivo apologético que Astrain tenía siempre delante. A lo menos en muchísimos casos no era el historiador sino el defensor apriorístico, aun de causas de poca monta.

Supera en esto a Astrain el Padre Leite, y así se explica el que en la reconstrucción del pasado, reconstruya todo el pasado, y no algunas parcelas del mismo: así se explica el que las artes y las ciencias, las costumbres y el folclorismo tengan una cabida tan generosa en los tomos de la *Historia da Companhia de Jesus no Brasil*.

En favor de Astrain está el que su campo de acción era inconmensurablemente más anchuroso que el de Leite, ya que comprendía a España y a toda la América hispana, mientras Leite sólo se preocupó del Brasil, pero creemos que, aun así, el historiador español habría podido y debido darnos un panorama más amplio. Si se exceptúa lo referente a la composición del *Ratio Studiorum*, y lo tocante a las disputas *De Auxiliis*, sólo de pasada se ocupa Astrain del elemento cultural.

Leite, por el contrario, considera lo cultural como algo fundamental ya que es, después de lo estrictamente espiritual, la flor y nata de un pueblo, de una civilización y de una época. Ya en el tomo I de su *Historia* dedica a la "Educación e Instrucción" todo el capítulo 5 (pp. 71-106), además de referirse amplísimamente a la "Industria Pastoril y Agrícola" (173-188) y, en diversos capítulos, a la fundación de los diversos colegios. En el tomo 2, además del capítulo dedicado a "la libertad de los indios" (pp. 194-268), consagra Leite cinco capítulos a las "Actividades culturales" (pp. 531-544), a la fundación de la lingüística americana (pp. 545-568), a la contribución para las ciencias médicas y naturales (pp. 569-586), a los artífices y artistas (pp. 587-588) y a la introducción del teatro en el Brasil (pp. 599-616). Como si todo esto fuera poco, consagra cuatro largos capítulos del tomo IV a la "magna cuestión de la libertad de los indígenas" (pp. 3-96), y así, en cada tomo, es lo cultural, no lo marcial, son las letras y ciencias, no las grescas ni los escandaletes, lo que prima en la obra, verdaderamente magistral y moderna de Leite. No podemos dejar de anotar que en el volumen VII, hallamos cinco capítulos, que el autor denomina "O Magisterio de dois séculos", en los que nos ofrece un panorama de brillantísimos colores, comenzando por la enseñanza primaria, que en el Brasil, como en el Río de la Plata, era gratuita, popular y obligatoria, y termina con las repercusiones de la cuestión *De Auxiliis* en tierras brasileñas.

Claro está que este procedimiento de tendencias culturales, en vez de la tradicional de tendencias apologéticas, de nada serviría si el autor hubiera descuidado el gran marco de los hechos materiales. Pero podemos aseverar que Leite no ha estado, en este punto, a la zaga de los mejores historiadores, aunque ha prescindido de todo lo menudo e intrascendental. Aun esto no bastaría para otorgar a Leite la gloria de ser uno de los historiadores de más fuste, si en él se pudiera advertir desequilibrio, ausencia de buen sentido, falta de saber y falta de justicia. Pero estas virtudes campean en la monumental obra de Leite, desde la primera hasta la última página de los diez magníficos volúmenes.

Apuntar fallas en los mismos, sería posible, pero no sería justo, ni sería noble. Ante un monumento de esta magnitud y de una excelencia superior a la mediocridad dominante, sólo cabe el elogio justiciero, sin reticencias, ni cortapisas de ninguna naturaleza.

El Padre Serafin Leite ha realizado lo que raras veces han podido realizar los mortales: una obra extensa e intensa, según un plan elaborado con sabiduría y llevado a feliz término, con igual profundidad, con igual serenidad, con igual acierto, al través de diez volúmenes de densa, amena y sabia lectura.

GUILLERMO FURLONG, S. J.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS. INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTORICAS. DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. Tomo I. *Cultura. Actas del Consejo Universitario 1849-1870*. Introducción de Felipe Gil, Secretario general de la Universidad. Montevideo 1949. Fol. menor. - XX -|- 562 pp.

Cabe a este volumen el "omnibus numeris absolutum" de los latinos, ya que todo en él nos place y nos satisface. Que se pueda decir eso de un tomito de ensayos, o de un volumen de cuentos, o de un librito de prosa amena, no es cosa extraña y, felizmente, nuestras prensas rioplatenses nos brindan con alguna frecuencia, publicaciones de perfección igualmente interna que externa.

Pero es raro, y rarísimo, hallar en una obra de las proporciones de la presente, un fondo y una forma tales que parecen competir entre sí, en jerarquía, en seriedad, en belleza y en primor.

Constituye el cuerpo de la obra el texto de 302 actas del Consejo Universitario montevidéano, publicadas en toda su integridad, precedida cada una de una síntesis de su contenido y con las indicaciones de su paginación en el "Gran Libro de la Universidad", o en los archivos donde se encuentran.

Sobre la forma técnica de presentar estos documentos es posible que haya diversidad de pareceres y que la Escuela Histórica de München desaprobe algunos procedimientos, como el subrayar en el texto impreso lo que está subrayado en el manuscrito, pero lo principal es que nos entendamos, sea con o sin esas técnicas germánicas, y en el caso de estas Actas, quinquiera que se haya impuesto de la pauta de indicaciones y signos, que se halla en la página XIX, no lamentará la ausencia de tales procedimientos.

Al texto de las Actas precede una Introducción (pp. IX-XV) que firma Felipe Gil y una Adventencia (pp. XVII-XX) que suscribe El Director del Instituto, el cual director, según leemos al fin del volumen, es el doctor Emilio Ravignani. Ambos proemios son breves y medulosos. El Prólogo de Felipe Gil es una interesante historia de los orígenes de la Universidad montevidéana, fundada en 1849. Si alguna falla hubiéramos de anotar, con respecto a esas páginas, es el que nada diga concerniente a los estudios de índole superior o cuasi universitaria en Montevideo, con anterioridad a 1849, ya que, a lo menos desde fines del siglo XVIII, y tal vez desde mediados de esa centuria, hubo cátedras de Filosofía, de Teología y aun de Matemáticas. Evidentemente el prologuista no estaba obligado a hacer esta reseña retrospectiva, pero ella habría ayudado a apreciar el esfuerzo de los hombres de 1849.

Si ésta no puede llamarse falla, podemos considerar tal el que nos diga que el acto inaugural tuvo lugar en la Iglesia de San Ignacio (p. XII) y así es en efecto, como se lee en las actas (p. 4), pero referirse a una iglesia inexistente, que nadie conoce, y no orientar al lector, es a lo menos una despreocupación algo censurable. Hay dos láminas, en las que aparece una Capilla, la que fué de la

vieja Casa de Ejercicios, pero tampoco se dice que esa Capilla era la mentada Iglesia de San Ignacio. Evidentemente ha faltado aquí una aclaración.

La Advertencia del doctor Ravignani nos confirma en lo que suponíamos: este volumen no es fruto de la improvisación, ya que "una colección de documentos de importancia exige tiempo y adecuados recursos". Que la presente obra servirá como estímulo, según los votos del Dr. Ravignani, para que los poderes públicos apoyen obras de grande aliento como ésta, es algo que no puede dejar de ocurrir, donde hay hombres de cultura al frente de los destinos de un país.

Grata e ingratamente nos sorprende un aserto que, por lo que respecta la historia del Uruguay, hace el doctor Ravignani. Ingratamente nos sorprende porque es una triste realidad el que la historia colonial del Uruguay esté aún sin escribirse, y por ende, sin conocerse, no obstante todos los dictámenes tan apriorísticos como falsos que se han escrito y se han publicado sobre esos desconocidos tiempos coloniales. Gratamente nos ha sorprendido su aserto ya que esa observación será una llamada a los estudiosos para que no den las espaldas a los gloriosos tiempos coloniales. Las palabras mismas del doctor Ravignani, a que acabamos de referirnos son éstas: "En cuanto a la parte colonial, se puede decir que estamos a oscuras, pues aún no se ha revelado debidamente, los ricos materiales que existen en repositorios extranjeros" (p. XVII).

Aunque con metafórica poco afortunada, escribe acertadísimo el doctor Ravignani que "colecciones documentales, sin índices analíticos, son estepas que hacen muy penosa su utilización" (p. XIX), y hemos de reconocer que los índices de este volumen, así el de Materias (pp. 483-493), como el de Personas (pp. 495-506) constituyen el acme de la posible y conveniente perfección. Decimos posible y conveniente, ya que un índice de materias es siempre susceptible de mayor extensión y de mayores detalles, y corresponde a un prudente editor el establecer los límites, más en armonía con la obra que da a la publicidad.

Texto, introducciones e índices están arrojados en páginas impecables tipográficamente y realizadas con cuerpos de letra los más adecuados, y como si todo eso fuera poco, están amenizados con 21 páginas de láminas, todas ellas primorosas y artísticamente presentadas e impresas. La "Impresora Uruguaya" puede estar justiciaramente orgullosa de haber mecido en sus talleres una obra que, como al principio dijimos, y ahora repetimos, es "perfecta y cabal bajo todos sus aspectos".

GUILLERMO FURLONG, S. J.

MINISTERIO DE EDUCACION. *Dictámenes en lo administrativo de los Procuradores Generales de la Nación Argentina*. Tomo II. Buenos Aires, 1949. 4º - 746 pp.

No vamos a repetir lo que ya dijimos en ESTUDIOS al ocuparnos del primer tomo de esta magnífica publicación. Bastará el decir ahora que así aquel volumen, como el que ahora tenemos a la vista, no son el fruto de la improvisación, ni son el resultado de la viveza criolla, tan atrevida como aberrada, en la composición o publicación de obras editadas por los Gobiernos. Obras de esa índole, que se publican sin especificar la persona o personas responsables, aunque a las veces suscribe el prólogo o advertencia el que es Jefe de la repartición, se distinguen por su falta de seriedad y hasta de dignidad.

Tampoco este volumen de Dictámenes lleva visible el nombre de su autor o colector responsable, pero desde la primera hasta la última página se advierte

que ha habido un hombre con sentido de la responsabilidad y con ciencia y paciencia que ha ordenado, recapitulado, sintetizado, indizado los centenares de dictámenes de que consta tan abultado tomo.

Dichos dictámenes corresponden a dos Procuradores Generales: al Dr. Sabiano (1892-1905) y al Dr. Julio Botet (1905-1917) y, como es de suponer, se refieren a los asuntos más varios: amnistía, autonomía provincial, asimilación militar, comunidades religiosas, demandas contra el Estado, escribanías, expropiación, habeas corpus, intervenciones, juegos prohibidos, patronato, etc.

Sumamente instructivos resultan estos dictámenes, pues son el exponente del pensamiento nacional sobre los temas más variados y, por lo general, es admirable el peso y la cordura que en ellos manifiestan sus autores.

Sólo hay un grupo de dictámenes, cuya lectura es penosa y hasta vergonzosa. Nos referimos a los que tienen atingencia con el ya decrepito y fétido Patronato. Entre los dictámenes de este grupo, cabe recordar algunos, conforme a la excelente síntesis que nos ofrecen los autores de esta obra:

"No implica menoscabo al ejercicio del Patronato Nacional, el que el P. E. en lugar de efectuar nombramientos de Vicarios, limite su acción a la sola aprobación de dichos nombramientos, realizados con anterioridad por un Obispo.

"Si la redacción de una Bula expedida por la Santa Sede, da lugar a observaciones por parte del Gobierno Argentino, esas observaciones sólo pueden ser objetadas por el Sumo Pontífice o un representante suyo debidamente autorizado".

"La autorización contenida en una Bula que instituye Obispo "in partibus infidelium", según la cual el elegido, queda facultado para auxiliar al Arzobispo de Buenos Aires en el ejercicio del culto, sin que puede ejercer acto alguno episcopal sin el consentimiento del mismo Arzobispo, no implica acordar jurisdicción, sino simplemente facultad para recibirla del Arzobispo, dentro de las facultades que éste posee y ejerce, con arreglo al Patronato y juramento prestado".

"Corresponde acordar el "pase" a un Breve Pontificio que nombra Obispo "in partibus infidelium", que no confiere jurisdicción alguna en la República. El Breve instituye al Obispo, en auxiliar del Titular de Córdoba, lo que no implica jurisdicción en ejercicio, sino el ser auxiliar para los actos Pontificales y demás oficios de su ministerio".

Si como argentinos nos ruborizan estas intromisiones del Poder Civil en el gobierno de la Iglesia, espíritu sacristanesco de quienes tal vez jamás pisaron una sacristía, ni siquiera una iglesia, nos conforta ciertamente la enveragadura y la acertada técnica con que el Departamento de Informaciones, Biblioteca y Estadística, dependiente del Ministerio de Educación, ha elaborado este espléndido y aleccionador volumen.

GUILLERMO FURLONG, S. J.

RODOLFO TROSTINE. *La pintura en las Provincias Argentinas. Siglo XIX*. Santa Fe, 1950. - 8º - 56 pp. con 5 pp. de ilustraciones.

Simpático, bello y atrayente es este folleto, escrito por un especialista, e impreso con especial solicitud y empeño, por la Imprenta de la Universidad de Santa Fe.

Con sobrada razón inicia Trostiné su lucubración con este aserto: "Se ha escrito la historia de la pintura en la Argentina limitando el horizonte, casi por exclusivo, a la ciudad de Buenos Aires, cual si la capital de la República constituyese el máximo y el mínimo de nuestras posibilidades artísticas!". Así es en

efecto, ya que son bien pocos los que "recuerdan a aquellos pintores provincianos que, si bien no alcanzaron nombradía, cumplieron una meritoria función digna de remembranza".

Cierto es que Altamira había escrito sobre la labor de Henri Gavier en Córdoba, y Fernán Félix de Amador sobre la de Benjamín Francklyn Rawson en San Jan, y José Luis Busaniche sobre la de Carlos E. Pellegrini en Santa Fe, y Saldaña Retamar sobre la de Ibarra en Corrientes, y Mathus Hoyos sobre los pintores mendocinos, pero nadie, antes de Trostiné, nos había dado una visión de conjunto, de todos los artistas que, en la pasada centuria, trabajaron el noble arte pictórico, fuera de los lindes de la Capital.

No es, sin embargo, esta obrita una obra de mera recopilación, como pudiera creerse, ya que gran parte de la misma es fruto de investigaciones personales, y de valorizaciones y juicios personales. A su mérito primario de ser el primer trabajo de esta índole, escrito por un porteño, desde Buenos Aires, hay que agregar la información, nueva o vieja, pero siempre sintética, básica, segura y orientadora que nos ofrece el señor Trostiné.

Capitulos, que son como medallones, son los referentes a Félix Revol, a Amadeo Grass, a P. Mouse, a Guillermo F. Olivar, a José Fonteneau y a Carlos Penuti, pintores todos ellos que trabajaron en ciudades del Litoral, además de los costumbristas José Hidalgo y Secundino Salinas, Héctor Facino y Josefa Díaz y Clusellas. A todos ellos precede el grabador correntino Manuel Pablo Núñez de Ibarra.

Tal vez la semblanza y la obra de este último y la de Guillermo F. Olivar sean las más densas en información y sobre quienes el autor ha podido emitir apreciaciones mejor fundadas. Nos proporciona, además, tres óleos de Olivar, bien reproducidos, felizmente, de suerte que se puede apreciar la bondad de los mismos. Tal vez la semblanza de P. Mousse sea más enclenque. Su información sobre este artista es tan embrionaria, como lo era hace un cuarto de siglo, e incurre Trostiné en la inexactitud explicable pero confusionista, de referirse al Convento de la Merced, de la ciudad de Santa Fe, siendo así que se trata de la Iglesia de la Compañía o Iglesia de Nuestra Señora de los Milagros, que en tiempo de Mousse se llamaba de la Merced. Hubiera convenido advertir también que Mousse sufría del mal que, según dicen, sufrió el Greco, de estilizar o alargar desmedidamente las líneas verticales. Así su dibujo de la Iglesia de los Jesuitas de Santa Fe, como el de uno de los claustros del Colegio de la Inmaculada, supone un agudo *dacriocistitis*.

Por lo que respecta al mediterráneo argentino nos brinda Trostiné páginas interesantísimas, respecto a la persona y labor de Henri Gavier, de quien nos ofrece tres óleos, entre ellos el retrato de Matilde Rodríguez, y respecto de Ignacio Baz, aunque era oriundo del Tucumán, y del santiagueño Gaspar Palacio y del profesor Luiz Gonzaga Cony. Otro cordobés, de quien se ocupa Trostiné, es Genaro Pérez, pero también aquí su información nos resulta deficiente, ya que no recuerda los Doce Apóstoles que tanto realce dan a las paredes del templo de la Compañía, en Córdoba, ni al Cristo Crucificado que se encuentra sobre la puerta de entrada a la Capilla de Lourdes, en esa misma iglesia. Recordáramos al Sr. Trostiné que toda la bóveda de dicha Capilla es una obra de arte, como hay tal vez pocas que le superen en Córdoba, ya que se trata de un fresco, de tan grande magnitud como de tan excelente pincel. Ignoramos quién sea su autor, pero corresponde su ejecución al siglo pasado. Es posible que sea de Pérez.

Magníficas páginas son las referentes a los artistas de Cuyo: Gregorio Torres, Franklin Rawson, Ataliva Lima, Proceso Sarmiento de Lenoir y Manuel José de Oloscoaga. Dos retratos de Rawson ilustran este estudio de Trostiné y ellos

ciertamente confirman el aserto que hace respecto a este pintor: "Rawson representa, conjuntamente con Carlos Morel y Pridiliano Pueyrredón, la trilogía de los grandes artistas argentinos del siglo XIX".

Un aplauso generoso e incondicional merece esta monografía del Sr. Trostiné, pero quisiéramos considerarla como una primicia de un trabajo de mayor extensión e intensidad. Aun más; habría de ser, además de una semblanza y una justipreciación, un inventario de todas las obras de arte de cada uno de los artistas y también habría de tener las propiedades de álbum, gracias al cual pudiéramos apreciar *de visu*, aunque sólo en buenas reproducciones, las obras todas, o a lo menos, las más notables de esos artistas provincianos.

GUILLERMO FURLONG, S. J.

JAIME MARIA DEL BARRIO, S. J. *La era atómica Realidades y perspectivas.*
8º - 224 pp.

Parece una novela de Bucks Roger, pero es la pura realidad. Recuerdo cuando niño haber leído novelas e historietas donde hombres de aspecto muy raro, cubiertos con trajes pesados y de materiales desconocidos, hacían incursiones interplanetarias, por medio de pequeños aparatos, que ajustaban en las espaldas, o ya bien por cohetes de dimensiones gigantescas, que permitían la capacidad de un contingente de hombres. Esas eran nada más que historietas de super fantasía e imaginación. Sin embargo ¿quién iba a decir que Julio Verne, dotado con esa imaginación tan prodigiosa pudiera hablar de submarinos en una época en la que ni siquiera se tenían idea de ellos, esto es, muchos años antes que el hombre hiciera sus primeros ensayos y experimentos sobre si se podía viajar cómodamente debajo de la superficie de los océanos? ¿Quién iba a pensar que, por medio de una bomba del tamaño de una sandía, al hacer ésta explosión, dejarían de existir doscientas cincuenta mil personas, es decir una ciudad medianamente populosa? Pues, me atrevo a decir que nadie, salvo aquellos individuos de imaginación julioverniaana. Quizá ni ellos barruntaban esa realidad.

La última, y desgraciada, guerra trajo consigo una multitud de descubrimientos beneficiosos para la humanidad ensangrentada. Todos menos uno, son beneficiosos. El no beneficioso, o a lo menos no lo ha sido hasta ahora, es la desintegración del átomo.

Desde años atrás se venía investigando en los laboratorios de las grandes potencias, por conseguir la desintegración del átomo de elementos pesados como el Uranio, Torio, Radio, Plutonio, que, a su vez, son radiactivos, esto es, emiten radicaiones de rayos alfa, beta y gama. Ya en 1904 J. H. Jeans, mentalidad vigorosa al servicio de la cosmogonía sugirió la idea de que si los electrones y protones, a alta temperatura, en sus frenéticas agitaciones dentro de la materia, chocasen y se aniquilasen mutuamente, se pondría en libertad con ese proceso una cantidad importante de energía. Esto lo dijo veinticinco años antes de que se aceptase el neutrón como constituyente principal del núcleo atómico y como equivalente a un protón, en el cual se destruye la carga positiva. Luego Albert Einstein amplió esos conocimientos, ideando el cálculo exacto para la medición de la energía liberada en la aniquilación total o parcial de la materia desintegrada. Los conocimientos fueron aumentando, hasta llegar a la creación del ciclotrón o generador de Van de Graff, aparato por el cual se obtiene artificialmente la desintegración de los átomos. Como podemos observar, la ciencia fué en un continuo,

pero muy lento, progreso con respecto a la desintegración del átomo. Fué menester que una precipitada guerra diera, al término de cinco años de lucha, la obtención tan codiciada por los hombres de ciencia de diferentes países. La guerra aceleró los estudios y experimentaciones a tal grado que lo que no se pudo hacer en veinticinco años, se consiguió en seis años, más o menos. Aunque es verdad, que al estallar esa guerra, se tenían ya valiosos conocimientos sobre la desintegración. Podríamos decir, pues, que la guerra hizo de catalizador. La fabricación de la bomba atómica fué la primera obra que se hizo utilizando los conocimientos descubiertos. Fué por consiguiente un arma devastadora y terrible. Basta recordar cómo sólo dos bombas hicieron que se rindiera una nación de cien millones de habitantes. Una nación eso sí, fanática, pero con una tradición de muchos siglos. He aquí donde mejor podemos observar los efectos.

Ya hace cinco años que finalizó la guerra, y, sin embargo, nada ha derivado prácticamente de ese poder tan fantástico. Me refiero a la utilización benéfica de la energía atómica para el progreso de las naciones (ya en el campo de las ciencias, de la economía o de la industria). Sólo queda por ver si este poder tan extraordinario se utiliza: 1) como una nueva fuente de energía; 2) como una nueva expresión del papel que desempeña la ciencia fundamental, o 3) como una nueva potencia destructiva. De las tres, la que más prácticamente aceptable es la última.

Hoy día sólo oímos hablar de que Rusia robó tales planes de la bomba, que varios sabios de nacionalidad alemana, que trabajaban en esos fines, daban fórmulas a los agentes de espionaje del país mencionado, que un sabio francés, director del instituto de investigaciones sobre energía atómica, pertenece al partido comunista, y por ello fué destituido de su cargo, de que Rusia posee también esa terrible bomba... y para colmo ahora, la primitiva bomba atómica es desplazada por otra más terrible aún, que tiene siete veces más potencia destructiva que la primera. Es la bomba de Hidrógeno. Pero para mejor conocimiento del poder encerrado en un armazón de hierro compacto del tamaño de una sandía, que llamamos bomba, es conveniente hacer notar una supuesta explosión en cualquiera de nuestra ciudades. Por ejemplo si fuera lanzada "una sola" de esas bombas con igual poder a la que estalló en Hiroshima, sobre la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, los resultados se podrían reducir a una frase: "dejó de existir, en un abrir y cerrar de ojos, una ciudad de 250.000 almas". Se nos diría, quizás, que algunas personas se habían salvado, pero estos podrían ser contados con los dedos de la mano. Y en ellos observaríamos cicatrices como fiel recuerdo de la bomba. Veríamos casas pulverizadas por el calor que desprende la energía atómica liberada, monumentos desfigurados, autos y demás vehículos fundidos, sobre todo por el lado que recibió el viento atómico, esto es, la enorme presión producida por la bomba al quedar libre los átomos. Hombres y mujeres con las ropas ardiendo, con terribles quemaduras rojas o ennegrecidas, y niños sorprendidos por la muerte al dirigirse apresuradamente a sus casas a comer. Los viejos, que se hallaban sentados en los bancos de las plazas, jamás supieron lo que sucedió. Montones de ladrillos esparcidos, a lo largo de las calles, cadáveres destrozados, pedazos de muebles deshechos, etc... El gran Museo de Historia Natural sería un montón de argamasa, vigas y ladrillos. Los marcos de las puertas y ventanas, como los vidrios habrían desaparecido del lugar que ocupaban. La segunda planta del edificio debido a la alta presión del calor, había cedido, desprendido, derrumbándose la parte que miraba al zoológico. En cuanto a las hermosas como valiosas colecciones de animales, insectos, objetos de arte, etc., ni vestigios quedarían. El calor habría reducido todo a cenizas. En un radio de 11 kilómetros cuadrados toda sería ruina, desolación, angustia. La estación del ferrocarril se habría convertido en un montón de hierros viejos doblados. Los incendios se repetirían en diferentes partes

de la ciudad. Todo un inmenso cementerio, donde se velarían 250.000 almas inocentes. Los incendios, a medida que se acercaba la noche, colorearían el cielo con resplandores rojizos. Aquello sería un infierno silencioso. Sólo se oiría el crujir de la madera encendida y el caer de paredes y vigas. . . Pero, ¿se lanzará una bomba o docenas de ellas, en caso de una guerra? Hay indicios de que Estados Unidos fabrica 14 bombas por semana. ¡Esto es, 728 al año!

Al explotar la U-235 — I + Y (que es como se representa químicamente la bomba) se producen temperaturas más elevadas que las que reinan en el centro del sol; su carga está constituida por materias que normalmente no existen en la naturaleza, y se emiten radiaciones (neutrones, rayos gama, fragmentos de división, electrones) de una intensidad que no tiene precedentes en la experiencia humana. Las presiones, que se obtienen, equivalen a billones de veces la presión atmosférica. En el sentido más primario y más sencillo, es perfectamente cierto que, en las armas atómicas, el hombre ha creado situaciones nuevas y más que peligrosas. Podríamos llamarlas desastrosas. Algo parecido sucedió cuando Nóbél inventó la dinamita. Pero de la dinamita a la desintegración atómica, hay un trayecto incomensurable.

¿Cuándo conseguirán los hombres de ciencia controlar el poder atómico? ¡Sólo Dios lo sabe! Es pues a El que tenemos que recurrir ahora más que nunca. Sólo El puede hacer y deshacer. Porque El puso esas fuerzas en la naturaleza.

¿Habrá una tercera guerra que abarque a todos los países, de polo a polo? Si las naciones poseedoras de esa arma diabólica, piensan inteligentemente, como creo que piensan, no habrá otra guerra por muchos años, al menos. En cambio los desafíos serán continuos, pero nunca, apelarán a la guerra.

¿Sucederá con esta terrible bomba, lo que sucedió con la proyectada guerra de gases venenosos, en la primera guerra mundial, o la guerra biológica (epidemias por lanzamientos de microorganismos propagadores de enfermedades contagiosas), que nunca se utilizaron, por temor a fatales consecuencias?

Algo de todo lo dicho hallará el lector en el curioso librito del Padre Jaime María del Barrio, cuyo capítulo encabeza estas páginas y que son ocho conferencias pronunciadas por él sobre tan terrible arma.

EDUARDO B. DÍAZ ASTARLOA.

EL SEXTO CONTINENTE. *Apuntes para el estudio de la Antártida Argentina*, por Alberto Luis Quaranta, Buenos Aires, 1950.
89 - 214 pp.

Es este un libro interesante que abarca, en forma integral, los asuntos antárticos y, en especial, los del sector argentino en esas heladas regiones. Su autor, que es periodista, visitó esas comarcas polares y trató de ahondar en el conocimiento de las mismas. Fruto de estos afanes es el trabajo que consideramos. El título se funda en el hecho comprobado de que la Antártida es un continente. A través de sus páginas se aprecia el sólido interés de nuestro país, por esos ámbitos glaciales; así vemos que, ya por 1817, un velero argentino, el "Espíritu Santo", llega a las Shetlands del Sur; además, se infiere de la lectura, que nuestras actividades en esas altas latitudes nos dan derecho de posesión, lo cual, unido a las razones geográficas, que nos benefician, hacen que esas inmensas regiones sean prolongación, incuestionable, de nuestra patria.

Este libro de divulgación pone de manifiesto muchas atinadas observaciones.

que, no por sabidas, deben dejar de repetirse, y son las de que, en la actualidad, la principal riqueza asequible en esos parajes son la ballena y la foca, y la posibilidad de instalar allí grandes depósitos de víveres, en previsión de diversas contingencias, dadas las altas condiciones naturales de refrigeración locales. También se señala lo absurdo de querer eliminar la espesísima capa de hielo mediante procedimientos artificiales, pues, aun cuando ello sea factible (lo que significaría una erogación fabulosa), el hielo volvería a formarse por las causas naturales que le dieron origen.

Es de lamentar que, en este trabajo, se confundan frecuentemente con la región antártica a las islas Sandwich y Georgias del Sur. En la página 8, dice que, en 1756, un navío español visitó la zona "antártica", llegando hasta los $54^{\circ} 02'$; como se sabe, la Antártida comienza a los 60° . Es cierto que en la página 92 considera a dichas islas fuera de la Antártida, pero, en lo restante, la exposición al respecto es errónea en cuanto a la ubicación regional y puede confundir al lector poco avisado.

En la página 7, reproduce parte del mapa de Orencio Finneo, de 1531, diciendo que en él se incluye, por primera vez, la Terra Australis. Esta representación cartográfica es puramente imaginativa, pues, en ese entonces, poco o nada podía saberse de esos lugares; todo era deducción al respecto, y, en este sentido, es anterior, a esta impresión gráfica, el globo terráqueo atribuido a Leonardo de Vinci, cuya fecha oscila entre 1514 y 1515, y el cual ya pergeña, por hipótesis, esas comarcas.

ERNESTO REGUERA SIERRA

VIDA ANIMAL (Zoología), por Gustavo G. Levene. Buenos Aires.
89 - 200 pp.

Si hay novelas que contienen una fuerte dosis de ciencia, hay también obras presuntamente científicas, que contienen una no escasa dosis de fantasía. Cuando ésta responde a los postulados de la lógica, esto es, cuando tiene a lo menos las apariencias de verosimilitud, su lectura se hace tolerable y, a las veces, divertida. Pero cuando un escrito, que lleva las ínfulas de científica, mezcla lo científico con lo fantástico, y hace esta mezcla con ruptura de las leyes de la lógica, no merece sino el repudio más categórico.

El señor Gustavo G. Levene, "egresado de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata", donde estudió algo de latín y poco griego, mucha pedagogía y escasa ciencia, es ahora Profesor de Ciencias Biológicas en un Colegio Nacional, y hasta ha escrito y publicado un libro "notable", a lo menos *in partibus*, sobre la Vida Animal, alias Zoología.

Decimos "notable", a lo menos *in partibus*, porque el capítulo IV, único que hemos leído, no tiene desperdicio. Apenas hay en ese capítulo un párrafo que no merezca una clasificación poco envidiable. Es un capítulo que, no ya en 1920 pero aun en 1890, habría merecido el calificativo de retrógrado.

Abrese el dicho capítulo con una contradicción hilarante, ya que, según el autor, hoy no existe, ni puede existir, la llamada generación espontánea, pero ayer, pudo existir, y en efecto existió, esa generación espontánea. No se crea que atribuimos al autor ideas que no son suyas. Léanse sus palabras: "la ciencia no acepta que hoy pueda realizarse la generación espontánea, es decir, no acepta la posibilidad de que sustancias inertes puedan, hoy, originar seres vivos". Pero "el hecho de que la generación espontánea no se realice actualmente, no quiere decir, que no

haya podido cumplirse en épocas remotas, cuando las condiciones del ambiente (temperatura, presión, composición química, etc.) eran diferentes de las actuales".

¿Es posible que, en un libro "serio," se puedan estampar aseveraciones tan contrarias y contradictorias? No hay lógica que las pueda congeniar, ni hay prueba científica que las pueda abonar. Cae de su peso que si la generación espontánea existió en algún tiempo, podrá también existir ahora, ya que si alguna vez se hubiese producido algún ser viviente de otro no viviente, esto se habría verificado según alguna ley, de la Naturaleza, y como quiera que las leyes de la naturaleza son constantes, también hoy sería ley de la Naturaleza. A lo menos en algunos casos, se daría la llamada generación espontánea, esto es, en las circunstancias en que otrora llegó ella a darse. Pero aquella aseveración tan arbitraria, como destituida de fundamento experimental y científico, contraría totalmente todo lo que nos enseñan las ciencias biológicas y la Geología, e igualmente infundada es la aseveración que consigna el señor Levene sobre que las circunstancias de nuestro planeta son muy diferentes de aquellas en las que los seres organizados brotaron, según él, de la materia inorgánica.

¿Es serio todo esto? ¿Tiene algo de científico? ¿Es posible probar, ni aun imaginar, que las condiciones de temperatura, presión, composición química, etc., hayan sido *substancialmente* diversas? ¿Acaso no se han obtenido, por procedimientos artificiales, gracias a la técnica moderna, condiciones exactamente iguales a aquellas, y no obstante no se ha podido producir ni una célula viviente, por los solos procedimientos físico-químicos o mecánicos?

Para el señor Levene, cuyo bagaje científico es harto liviano, no hay contradicción alguna en contradicción tan monstruosa, y, a ciegas, se lanza a la defensa de lo que, unas veces, llama evolución, otras veces, llama transformismo, como si fueran voces sinónimas, y parece que ni ha oído que existe en el campo científico, verdaderamente tal, el transformismo monista y el transformismo teísta. Nada de todo esto le interesa al señor Levene, expositor deficiente y defensor anémico de un crudo materialismo y de un trasnochado transformismo y de un evolucionismo incoherente.

Pero antes de proceder adelante, nos preguntamos: el libro *Vida Animal*, publicado por el señor Levene ¿es ciencia o imaginación, es zoología o es poesía? Hay razones, y sobradas, para creer que tan curioso libro, a lo menos *in partibus*, esto es, en su capítulo IV, pertenece al género estrictamente literario. Constituye una novelita de la Colección Rosa.

Para que no se crea que inventamos, vamos a transcribir algunos párrafos: "Puede, pues, aceptarse, como una racional explicación científica acerca del origen de la vida, que ésta se formó por una síntesis de sustancias como el carbono, el amoníaco, etc. Esto no tiene nada de imposible, si se recuerda que los seres vivos no están formados por ninguna sustancia especial, pues los elementos o cuerpos simples que forman las células animales (carbono, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, hierro, calcio, fósforo, etc.) son los mismos que se encuentran en el suelo, aire, agua, etc., formando las sustancias inertes" (pp. 103-104).

"No hay que probar, agrega, porque es cosa ya probada, pero hay que recordar que los seres vivos, (entre ellos, sin duda, el autor de este libro, pues le hacemos el honor de suponerle un ser vivo), "no están formados por ninguna (?) sustancia (?) especial (?)", de suerte que sólo accidentes diferencian al hombre del sapo, y al sapo del alcorcho, y al alcorcho del fango. ¿Y esto se enseña en un Colegio Nacional, a ciencia y paciencia de las autoridades del mismo? ¿Acaso no es esa la mismísima "ciencia" que se enseña en las aulas escolares de la Rusia Soviética?

Pero prosigamos transcribiendo al autor de tan peregrino libro: "Estas pri-

meras masas con vida, algo así como pequeñísimas gotitas, acaso coloreadas de verde o de rojo. . . " "Es posible que estas primeras masas gelatinosas, no fueran ni definitivamente vegetales, ni animales. . .

"Eran pequeñísimas masas, de aspecto gelatinoso, que flotaban en océanos de agua tibia. . .

¡Cuánta poesía! Ni en Lucrecio se hallará mayor inventiva, ni una mayor fantasía poética. ¡Lástima grande que todo esto no esté en verso! Lamentamos también que el egresado de la Facultad de Humanidades de La Plata no nos haya indicado por qué la probabilidad esté de parte del color verde y del color rojo, y no de parte del amarillo o del gris, que parecen responder mejor a los períodos embrionarios en los colores. Tal vez sea ésta una lamentable falla, sobre todo si se tiene presente que hay sabios que hasta niegan la objetividad de los colores. Que esas gotitas fueran gelatinosas nos place, y creemos que el autor merece pláces, ya que la gelatina es una sustancia sólida, y transparente, y es además inodora, insípida y de grande coherencia. Pero también, cuando pura, es incolora, lo que vendría a deshacer la teoría tan científica del Sr. Levene de que era verde o roja. ¿Por qué no decir que esas gotitas estaban dotadas de todos los colores, como el arco iris?

Dos asertos del señor Levene merecen especial ponderación. Sea el primero: "es posible que estas primeras masas gelatinosas" no fueron, ni definitivamente vegetales, ni animales, pero debían alimentarse como los vegetales. . . Esto se lee en la página 104. ¡Mejor es no meneallo!

Segundo aserto: "Pero aparecen los primeros animales terrestres: el paleophon, un pequeño escorpión parece haber figurado entre los primeros animales terrestres (fig. 78)". Desgraciadamente el señor Levene no ha podido determinar si fué el primero de todos, y no tan sólo uno de los primeros. Lo cual es tanto más de lamentar, por cuanto los hombres conoceríamos así, sin lugar a dudas, cuál era nuestro progenitor más remoto. Además, nos place inconmensurablemente más el pensar que existen más probabilidades de que descendamos del *antrópodo arácnido paleofónido* que no del *pithecanthropus erectus* o, para entendernos en cristiano, habría así más probabilidades de que nuestra descendencia humana arrancara de un escorpión, y no de un mono.

Como ve el lector, no hay desperdicio en el volumen del señor Levene, a lo menos en todo el capítulo IV. Quisiéramos, pero no es posible, recorrer todas las páginas del mismo, porque sería nunca acabar, ya que la ausencia de la lógica corre parejas con la fecundísima imaginación del autor.

Para él, la teoría transformista "domina en la biología desde hace menos de un siglo" (pp. 105-106) y "la doctrina de la evolución o transformación de las especies es hoy aceptada casi unánimemente dentro de la biología" (p. 111).

Algo atrasada es la información del señor Levene ya que la crisis de la evolución en biología se ha ido acentuando cada vez más y más, "desde hace menos de un siglo", y sobre todo en estos últimos diez o quince años. Vamos a ofrecer al señor Levene algunos hechos: Lemoine, otrora evolucionista decidido y profesor en el *Museum*, escribió nada menos que en el tomo V de la *Encyclopedie Française*, publicada en 1938, bajo la dirección de A. de Monzie, y en la que colaboraron sabios naturalistas, que "el tomo V de la Enciclopedia francesa marcará ciertamente una fecha en la historia de nuestras ideas sobre la evolución. De su lectura resalta que esa teoría parece estar en vísperas de ser abandonada. . . De esa exposición se desprende que la teoría de la evolución es imposible. En el fondo, a pesar de las apariencias, nadie cree ya en ella, diciéndose, sin que, por otro lado, se dé importancia a la cosa, "evolución" para significar encadenamiento, o "más evolucionados", "menos evolucionados", en el sentido de "más perfeccionados".

"menos perfeccionados", porque es un lenguaje convencional admitido y casi obligatorio en el mundo científico.

"La evolución es una especie de dogma en el que, agrega Lemoine, sus sacerdotes no creen ya, pero que sostienen por su pueblo. Pero es menester tener ánimo para decirlo, con el fin de que los hombres de la generación futura orienten sus investigaciones de otro modo".

Sólo por razones extracientíficas persisten algunos en sostener la transformación de las especies, como Guilliermond quien, en el LXII Congreso de la *Association française pour l'avancement des sciences*, habido en Arcachón del 22 al 27 de setiembre de 1938, siendo el presidente de la Asociación, manifestaba su sentir con las siguientes palabras: "El transformismo sufre hoy una crisis. ¿Será menester proclamar, como lo hace Lemoine, en la *Enciclopedia Francesa* recientemente, el fracaso de esta teoría? Yo no lo creo así, ya que es la única explicación racional del origen de las especies, además de que está de acuerdo con los hechos generales tomados de la Paleobotánica. Pero se ha de convenir en que el problema de la evolución, en su conjunto, es inasequible a la ciencia positiva y permanece en el terreno de la metafísica". Guilliermond persiste, pues, en su adhesión al evolucionismo por motivos más bien extracientíficos, corroborados por los científicos.

El profesor, especialista en bioenergética, J. Lefevre, en la introducción a su *Manual critique de Biologie* (1938), niega no sólo el hecho de la evolución, fundándose en "la historia paleontológica de los Vertebrados, con o sin teoría cristatofílica, que, por sí sola, contradice toda filogénesis" (p. 42), pero aun la misma posibilidad, pues la morfología se opone a que una forma biológica salve "la distancia que separa dos tipos de organización" (p. 40). Ya se ve que J. Lefevre se refiere a la evolución ilimitada.

Insistiendo en la idea weismanniana de la independencia de las células germinales respecto a las somáticas, corroborada por comprobaciones propias, L. Bounoure, profesor de Biología en la Universidad de Estrasburgo, niega rotundamente la transformación de las especies, afirmando que "la verdadera realidad sustancial del ser viviente es la forma, fija e indeleble, heredada de sus antepasados y transmitida a sus descendientes, ley que, ante nuestra presencia, jamás falla" (6, p. 10).

En el prefacio de la obra en que Bounoure expone estas ideas, Bouin se declara adicto enteramente a ellas.

Son, pues, Bounoure y Bouin legítimos y decididos *biofijistas* al estilo de Linneo, Cuvier, Agassiz, D'Orbigny, etc., si bien fundados en diversos y más profundos motivos que aquéllos, y entendiendo la especie con criterio morfológico-genésico.

Más detenida y casi tan enérgicamente como el anterior, se manifiesta contra el transformismo el profesor de Anatomía de la Facultad Médica de París, H. Rouviere, en su obra *Anatomie philosophique, la finalité dans l'évolution* (1941), donde hace afirmaciones como éstas: "Los transformistas mismos reconocen que existe una "crisis del transformismo", expresión que minimiza el mal, ya que lo que se ha producido es un verdadero desplome de la doctrina transformista. La mayor parte de los biólogos han rechazado el transformismo..." (p. 37).

Y lo que pasa en Francia, pasa en Alemania, en la misma patria de E. Haeckel, de aquel que tan categóricamente aseveró que "el evolucionismo ha llegado a ser una herencia inalienable del humano saber, sobre el que, en adelante, será menester edificar toda la verdadera ciencia".

En 1937, F. Andermann publicó *Irrtum und Wahrheit in der Biologie* y toda la obra no tiene sino por objeto "demostrar, científico-filosóficamente, la total insostenibilidad del pensamiento evolucionista, de esa tesis de fe de la Biología y de la ciencia".

En 1941 publicaba Heribert-Nilsson, en la Revista Bios, dos conferencias, que se han de considerar "como compendio programático de la posición antievolucionista" del autor, al decir de éste mismo, quien opina que lo que nos enseñan hoy la Genética y la Fitopaleontología no sólo no está a favor, sino que está en contra de la evolución de las especies.

Del ya mencionado A. Fleischmann, imitador de Catón en su actitud inflexible frente a la claudicación universal trasformista, nos hace saber O. Kuhn que, después de haber persistido antitrasformista durante su vida entera de profesor zoólogo, le escribió a él, en una carta fechada el 26 de abril de 1942, poco antes de su muerte, remedando la frase catoniana: "*Ceterum censeo theoriam descensionis esse delendam*". "Creo que la teoría de la evolución ha de ser proscrita".

Pero quien con más decisión y precisión (que sepamos) ha acometido al Transformismo, en Alemania, estos últimos años, es, sin duda, el Dr. Oscar Kuhn. No admite más transformación para el pasado, presente y porvenir que la racial. Con intención de probar ese fijismo específico, analiza, con erudición copiosa, acerada crítica y estilo animado y mordaz, los datos científicos (paleontológicos, anatómicos, morfológicos, embriológicos, genéticos), de modo que se saca la conclusión de que no sólo no están a favor de la transformación de las especies, sino que están incluso en contra. Véanse algunas muestras de sus expresiones antitrasformistas: "... La distribución y expresión de cada uno de los planes constructivos, en el pasado, dan de bofetadas al rostro mismo de la idea evolucionista... : Más aún ;la Filogenia no sólo se halla en penosa situación... , sino que la galería de antepasados, por ella presentada, no ofrece seguridad alguna, de suerte que ¡los árboles genealógicos de Haeckel no son superiores a las series genealógicas de los héroes homéricos!

Lo que se sabe hoy del mundo primitivo habla contra la evolución, no se puede encuadrar en un esquema evolucionista...

Cada vez se levantan más voces contra la teoría derivacionista, intensificándose continuamente la crítica, y pudiéndose, ya hoy, nombrar un número notable de sobresalientes biólogos que rechazan esa teoría. La teoría derivacionista se ha desplomado!"

Cuando ese es el espíritu que alienta hoy, aun a los sabios menos cristianos aun a los más alejados del catolicismo, el señor Levene, retrogradando a los tiempos ya idos para siempre, endilga a sus alumnos, cristianos y católicos en su inmensa mayoría, un capítulo que además de constituir un atentado contra la verdadera ciencia, es una afrenta y un baldón a las creencias de esa juventud y a las predominantes del pueblo argentino.

Para él la doctrina que, sobre el origen de la vida, sostienen los católicos, entre los que hay que contar a sabios de la envergadura de Pasteur y de Wassmann, no merece ni ser recordada. Para esa doctrina, la única verdaderamente científica, no tiene el señor Levene más que una actitud: el mayor de los desprecios: el silencio absoluto. Ni más, ni menos: esa es la táctica de la U. R. S. S.

OSVALDO DODDS

J. LUIS TRENTI ROCAMORA, *El repertorio de la dramática colonial hispano-americana*, Buenos Aires, 1950.
16º, 112 págs.

El joven historiador J. Luis Trenti Rocamora, asiduo colaborador de ES-

TUDIOS, viene a engrosar con esta publicación su ya abundante bibliografía sobre la historia del teatro americano.

Se trata de un pequeño pero substancioso tomito, que, de acuerdo con lo que expresa en el prólogo, tiene el carácter de provisional, o mejor dicho de adelantado, de algo así como una historia orgánica de la literatura dramática en hispanoamérica, durante el periodo colonial.

El autor pasa revista a 128 piezas teatrales, que responden a textos que circulan en edición moderna. No hace un estudio crítico de cada uno, lo que si no es ni lejanamente indispensable, hubiera sido de utilidad en algún otro caso: se limita, pues, casi exclusivamente, a señalar el aspecto bibliográfico de la misma. Claro que esto ya es mucho en una materia que está inexplorada, por lo que el libro de Trenti Rocamora viene a tener un indiscutible valor de guía.

"El repertorio de la dramática colonial" se divide en dos partes: una destinada a las piezas en lenguas indias, y otra, la más importante, a las que están escritas en español, concluyendo con una substanciosa "conclusión" y abundantes notas.

Viene esta nueva obra a ser complemento de aquella otra que, con el título de "El teatro en la América colonial", publicó Trenti Rocamora en 1947, y que le mereciera el premio Enrique Peña de la Academia Nacional de la Historia. Esta última se refiere al teatro como institución (edificios, actores, etc.), mientras que la que ahora da a luz trata exclusivamente del aspecto literario.

No cabe duda que en panoramas de la naturaleza del libro que comentamos, son fáciles y justificables las omisiones. Hemos notado, por ejemplo, que no ha utilizado el trabajo de Eugenio Pereira Salas sobre *El teatro en Santiago del Nuevo Extremo* (Santiago de Chile, 1941), donde se insertan los textos de dos loas coloniales; como así también el artículo que sobre la primera pieza panameña publicara Rodrigo Miró en la revista *Lotería* (Nº 83, Panamá, abril de 1948); ni tampoco los números 1 y 4 de la revista *Museo Histórico* de Quito, donde se transcriben algunos textos dramáticos.

Pero esto no empaña en lo fundamental la labor de Trenti Rocamora, que ha realizado un serio y valioso trabajo.

J. C. DÁVILA